

# **CUADERNOS DEL ARCHIVO**

AÑO I (2017), N° 2

**Publicaciones del Centro DIHA  
(Centro de Documentación de la  
Inmigración de Habla Alemana en la Argentina)**

Ed. Dra. Regula Rohland de Langbehn

## **Comité Editorial:**

Ing. Francisco von Wuthenau (Centro DIHA)  
Prof. Laura Carugati (Univ. Nac. De San Martín, UNSAM)  
Dra. Lila Bujaldón de Esteves (CONICET; Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)  
Dr. Roberto Bein (Univ. de Buenos Aires, UBA)

## **Consejo de Redacción:**

Lic. Alicia Bernasconi (Univ. del Salvador, Buenos Aires)  
Dr. Germán Friedmann (CONICET; UBA)  
Dra. Claudia Garnica de Bertona (Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)  
Dra. Silvia Glocer (UBA, Biblioteca Nacional Dr. Mariano Moreno, Bs. As.)  
Dr. Robert Kelz (Univ. of Memphis, EEUU)  
Dr. Hans Knoll (Univ. Nac. de Córdoba)  
Dr. Arnold Spitta (UNSAM)

# Bertha Koessler-Ilg

## Tres situaciones y sus relatos

Traducción: Helga Heineken y Beatriz Romero

### ***Cómo se adquieren en la Patagonia en la casa del doctor los preciosos cuentos araucanos***

Alrededor del año 1924 reinaba un invierno muy severo. El hielo predominaba, conos de hielo por doquier. Pasada medianoche, un temporal cordillerano bramaba a lo largo del valle longitudinal que pertenece al laberinto de la cordillera. En tiempos pasados el valle había pertenecido a los territorios dominados por las tribus indias, entonces orgullosas y arrogantes. Tribus que dejaron muchos recuerdos tristes, que de noche tienen efectos horripilantes. Son noches dominadas por el espectro del espíritu y fantasma montañés Traucu, horas temidas que pertenecen a ese gigante furioso.

Se escuchan golpes en la puerta de entrada recién pintada de la casa; es maltratada con constantes golpes de piedras, lo que es preferido al uso del timbre, el que no se hace tan perceptible. Ruegos, maldiciones en lengua araucana, lamentos en voz alta y quejas. Luego un auténtico grito indígena, estridente, largo, proveniente de un ser femenino: *mollfün, fentren mollfün* (= sangre, mucha sangre) es lo que se escucha llorar cerca de la ventana. Luego –una y otra vez– se pide ayuda “porque el cacique se está ahogando”.

Cuando el doctor abre la puerta, comienza a ver, en medio de la nieve que se arremolina, las caras oscuras, los ojos negros relucientes, ve al buey cubierto de nieve delante de un *catango*<sup>72</sup> que no está vacío. Pero la oscuridad no le permite ver más. Poco a poco se va desenredando la maraña: caballos, cabezas de indígenas cubiertos de pelo negro, gente envuelta en ropa, gente que grita y se lamenta. Levantan con cuidado el fajo cubierto de nieve que yace en el catango y pasando muy decididos al costado del doctor, quieren traspasar con su carga la puerta de entrada, antes de que el doctor la haya liberado. ¿No es esta la casa del doctor que debe ayudar? Llanto estremecedor que busca compasión, un griterío impresionante, hasta que el doctor enérgicamente designa a uno de los indígenas como portavoz, aquel que parece estar dirigiendo el transporte. Siguen entrando acompañantes por la puerta, cuyas dos alas están abiertas ahora de par en par, dejando entrar nieve y viento. Afuera relinches y pataleo de los caballos.

Trastornada, una vieja mapuche muestra un trapo ensangrentado y lentamente sale a la luz el contenido del bulto. Un indígena gordo y torpe es desenvuelto con cuidado. Lo conocemos como el cacique de una tribu araucana, una tribu que habita un territorio totalmente recóndito. Tiene la cara ensangrentada

---

<sup>72</sup> *Catango*: En el Diccionario de la Real Academia Española aparece la palabra “catanga”, como término boliviano: carrito tirado por un caballo para transportar frutos.

como se observa entre los trapos deshilachados que la cubren. Muestra una máscara desfigurada, una cara hinchada...

Aparentemente es el cacique Pafian, cuyo nombre significa algo como “El Sol ha reventado”, el que ahora es despojado de los envoltorios. Muchas manos ayudan. Su cara parece no tener boca ni ojos. A tientas mueve las manos en el espacio vacío, respirando con dificultad por las fosas nasales hinchadas, un aspecto inquietante. Ahora el doctor ordena que se ubique al tambaleante cacique sobre un banco y en ese mismo momento el indígena que se presentó como *nguenpin*, el “vocero”, comienza su relato, mientras que su anciano *chau* (= padre) es revisado. Imposible entender una sola palabra, todos gesticulan, corrigen, cada uno de los asistentes interrumpe... “El cacique ha llegado al pueblo ayer, a la mañana, no – recién al mediodía, porque... porque la policía – ahora se cuchichea despacito – porque sucedió una gran injusticia... se sospecha del *foť’üm* (= hijo) del accidentado – sólo se sospecha, *señor doctor*, – entendamos bien, no se puede comprobar nada – el robo de hacienda es imposible que lo haya perpetrado, si él estaba... porque, y bueno, en el momento preciso estaba en mi *ruca*, si señor, se trata de una sospecha falsa, es una... nosotros somos testigos... pero la policía obstinada... no permite que nadie hable...”. Nuevamente sollozos, intentos de consuelo, el cacique parece ahogarse; el doctor interviene, consigue que se callen las mujeres que lloran, interrumpe a los “oradores”, que empujan hacia atrás los unos a los otros, porque cada uno de ellos quiere ser “propietario de la palabra”. El doctor constata una fractura de la mandíbula. Los dientes superiores se han incrustado con fuerza en el labio inferior, la mandíbula está seriamente dañada, acalambrada y debe ser entablillada. Un trabajo nocturno que definitivamente le impide al tan cansado médico poder dormir, al igual que al ama de casa que debe asistir porque entre los que tanto se lamentan no hay nadie que sirva de ayudante.

La sirvienta, una indígena perteneciente a otra tribu, se olvida de hacer fuego, charla todo el tiempo, abrazando y besando a los tantos *quiñeche*, los llamados parientes, hasta que el ama de casa pone fin a tan intenso parloteo y parte de las indias invaden la cocina, se instalan ahí cómodamente, así como en el pasillo... se expanden las mantas de los recados, de las bolsas salen trozos de carne medio cruda, en el patio ya han hecho una fogata y en la pavita toda cubierta de hollín rápido se calienta el agua para el “*macollar*” (tomar *mate*). Recurso mágico que jamás pierde su encanto. Adentro de la casa cada maniobra del doctor es acompañada por sollozos y quejas a media voz, [...] <sup>73</sup> del hombre blanco. ¡*Awüngellaimi! Añüñdi*: Ay, pobrecito, ¡que desgracia! – Hasta que finalmente todo el vestíbulo es desocupado en forma enérgica. Solamente se le permite quedarse al *foť’em* y a la *papai* (madre del hijo) y después de muchos lamentos también a la *foť’em ñi cure*, la nuera, que debe servir el *mate*... y preparar el asado. Pero delante de la casa se levanta un murmullo desconforme, se escuchan pataleos y pisadas impacientes de muchos caballos en la nieve. Se intenta entrar por el costado al patio, se exige poder acompañar al accidentado. Reproches que finalmente al *foť’em* le valen un desplante: ¿se ha olvidado acaso de que, en el quehacer del

<sup>73</sup> El manuscrito tiene varias palabras ilegibles.

*machi*, es regla y obligación santa de los parientes ayudar a rechazar los espíritus malos por medio de carreras salvajes con los caballos, ahuyentarlos por medio de fuertes gritos, con lo que la magia negra, el “mal tirado” (= enfermedad provocada por el soplo con una piedra hueca) es desactivado? ¿Y no es su derecho estar presente cuando el *machi* blanco encuentra la causa de la desgracia, la saca del cuerpo embrujado? ¡*Fei um chi!* Por eso sería, *wenüüi*, amigo...

Se admiten los mapuches supersticiosos.

Fue una larga noche para todos los involucrados, pero cuando el insecto del amanecer comenzó a cantar su canción, según la creencia de los indígenas una buena señal, se había terminado con el peor trabajo en el accidentado, que ahora tendrá que quedarse por un tiempo en la casa del doctor para no exponer el “zurcido” sutil a las condiciones de vida en los ranchos primitivos de adobe. Esta decisión desató de nuevo una marea de lágrimas en los parientes y un excitado parloteo, ya que el doctor de los blancos permitía solamente una persona como acompañante permanente. Fue elegida la bondadosa, dulce *cushé papai*, la esposa del cacique, la madre de sus hijos, de manera que el resto de la tropa desapareció con el carro de bueyes y los caballos, aunque no sin haberse trepado a la ventana de la que se llamaba “habitación de los enfermos”, para echar un vistazo al cacique, ahora aseado y bien vendado, que yacía en la cama como ausente, la cabeza cubierta por el vendaje y con los ojos cerrados, fielmente cuidado por su *cure*, la mujer, la señora de su *ruca*, la que en su aspecto mísero no parecía ser una señora.

Así como se saca una nuez del interior de su cáscara, se logró en este caso llegar al meollo de la cuestión: El hijo mayor –*wentru püñeñ*, como llama la madre a su hijo, que para el padre es *fo't'em*– ha sido acusado de robar hacienda, por eso está en la cárcel, un delito en el que, según se decía, había participado toda la familia, la llamada dinastía. A pesar de que el cacique, ahora accidentado, había intentado atestiguar a viva voz la inocencia, aún cuando la policía ya había descubierto en el gran fogón del campo una parte de las pieles de los animales furtivamente sacrificados en el agua, el *fo't'em* continuó preso. Debía esperar su transporte a la cárcel de Neuquén y aguardar la sentencia del Juez letrado, un juez muy temido. Cuando fue confrontado con la marca del propietario –esa marca de fuego que se encuentra en el cuero de los animales– como suele suceder con frecuencia y según la costumbre de los aborígenes, el malhechor quiso convencer a la policía de su inocencia. Contestó con cara de lo más ingenua: “Bueno, el propietario tiene la marca, yo el animal”. Una forma de pensar que seguramente se relaciona con los malones llevados a cabo en tiempos pasados por los indígenas y que tiene que ver con la idea de la indemnización y recompensa. Hasta el día de hoy los viejos mapuches consideran al blanco como el deudor, que les ha arrebatado todo, con lo que al hacerlo les concedió el derecho inalienable de poder indemnizarse por su cuenta en cada oportunidad que se diera. Así lo interpretó una vez un nieto del general y jefe del ejército Catriel Huinca, famoso por su mala fama<sup>74</sup>. El viejo, dotado de cierto humor socarrón,

<sup>74</sup> Debe referirse a Juan José Catriel, cacique de la tribu de los ranqueles, uno de los líderes que resistieron en la campaña al desierto. Juan José Catriel fue vencido por Salvador Maldonado en la batalla de Cura Malel, actual partido de Saavedra, y durante la campaña de las

declaró: “En realidad todavía tenemos nuestras propias leyes y éstas deberían ser respetadas por los blancos, porque corresponden a nuestra forma de ser y al modo de ver de nuestros antepasados y harían justicia a nuestro punto de vista. Diferentes son nuestros ojos de los ojos de los blancos, de los *huincas*. ¿Cómo se podrían asemejar los corazones? ¿Cómo un blanco puede juzgar a un mapuche, cuyo ser le es totalmente ajeno? ¿No se ríe de nuestros talismanes, de nuestros adivinos y magos, del poder de la piedra hueca, el poderoso *wichalcura*, la piedra que puede soplar, que logra infundir enfermedades al enemigo hasta a distancias muy lejanas?”

***La gran machi, la peste negra, la venganza de la tribu. Nüttram (historia verídica), relatada por el cacique Pafian (Sol que explotó)***

Nos lo dio la pareja de indígenas como regalo de despedida, prometiendo que nos daría otro. Lo llamaba *cùpelcùpel*<sup>75</sup>, una expresión misteriosa que nos dejó una sorpresa inesperada y regocijante.

Con admirable empeño por cumplir con su promesa, el *füch'a*<sup>76</sup> se dispone a contarnos la historia de una tribu que conoció. “Cuando todavía había grandes extensiones del país sin nombre o, como sabía decir mi *yomlacu*<sup>77</sup>, cuando la alfalfa crecía salvaje, sucedió que la peste *curü*, la viruela negra, se propagó entre los miembros de una tribu mapuche muy grande. Se la había metido una gran *machi* con poderes mágicos, que pretendía limpiar la tribu de ciertas personas que le resultaban incómodas. A cambio del “tratamiento”, acaparaba alhajas de oro liviano y transparente como una pluma que representaban flores, cañas flexibles, delicada gramilla, aves de corral. Casi nadie poseía ya cuernos de vaca o de becerro en el redil, porque todos los animales grandes habían ido a parar al enorme corral de la bruja, que hacía arrear el ganado en su dirección antes de empezar el tratamiento y le ordenaba a los aborígenes comer carne de caballo. Los pobres mapuches se herían el cuerpo con agudos pedernales, se mesaban los pelos, se revolcaban en la ceniza, sacrificaban pies y manos, clamando a Nguenechen, al Gran Espíritu, el mismo que en otros tiempos supo entenderse con ellos en araucano. Ofrecían sacrificios humanos y holocaustos a la tierra, al agua, al aire, al padre que bramaba de cólera en el *huenu callvü*, el cielo azul, y a su madre, a la vez esposa y virgen y madre de su hijo, que siempre intercedía a favor de los mapuches. Ahora todos allí arriba habían cerrado los oídos a sus ruegos, ignoraban sus gritos desesperados. Hubo peleas entre las diversas tribus y aunque no se hacían la guerra, el odio ardía como rescoldo bajo la ceniza. Los manzaneros, habitantes de la región de las manzanas silves-

---

cinco columnas al mando del general Levalle en 1879 fue tomado preso junto con quinientos guerreros por el general Lorenzo Winter, y llevado a la Isla Martín García. Murió en 1879.

<sup>75</sup> Las referencias al diccionario mapuche-español se refieren a la obra Esteban Erize. *Mapuche*. Buenos Aires: Yepun, 1988, vol. 6. En muchos casos, la autora transcribió en forma diferente de la que recoge el diccionario.

En este cuaderno unificamos la grafía C- o -c- ante vocales -a, -o, -u y Qu- o -qu- ante -e, i, por K-, -k-, como lo usa Koessler-Ilg y que las traductoras no han unificado aún en sus textos. *Cùpelcùpel*: Pavo indígena americano que los españoles denominaban gallipavo.

<sup>76</sup> *Füch'a* o *Vücha*: grande, viejo.

<sup>77</sup> *Yomlacu*: bisabuelo paterno.

tres, evitaban encontrarse con los salineros, los indígenas de las salinas. Ni dos tribus había que mantuvieran la amistad o se casasen entre sí y a los deudores se los perseguía sin piedad. Todos sufrían porque sus filas se iban diezmado. La peste amenazaba tanto a jóvenes como a ancianos. Las parturientas morían junto con sus criaturas y la pobreza iba en aumento, mientras la gran *machi*, la bruja, proseguía con su despiadada cosecha. También capturaba las almas de los difuntos en los nueve días siguientes a su muerte.

“Por miedo a descender al submundo, estos *wichan alwe*<sup>78</sup> se mantenían como sumisos sirvientes, sometidos a sus caprichos. La *machi* les imponía la truculenta tarea de sorber gota a gota la sangre de los cuerpos que había elegido torturar y matar, particularmente la sangre de sus corazones, perforados con la herramienta *corecore*<sup>79</sup>. Una y otra vez se encontraban cavidades y huecos en los corazones de los muertos, que no podían ser más que consecuencia del uso de un punzón puntiagudo como el *corecore*. Con frecuencia estos corazones estaban totalmente desangrados.

“Ahora bien, sucedió que el *huecuf*, el malvado demonio, se llenó de envidia al ver cómo la cruel hechicera cosechaba riquezas de todo tipo. De modo que ordenó a su asistente, el *gualichu*, que le arrebatara las almas de los difuntos entre el primer y noveno día de su muerte, período durante el cual se encuentran en un estado incierto y deben optar por un mundo subterráneo, ancestros,

---

<sup>78</sup> *Wichan alwe*. *Huichan*: aliado. *Alwe*: alma de recién muerto. Almas aliadas de las que los hechiceros tienen gran surtido, con las que matan a quienquiera. Mediante pago las prestan a los interesados para el mismo fin.

La autora informa al respecto: *Wichan alwe* significa aliado, porque, a cambio de una remuneración, la *machi* los prestaba a las personas que deseaban perpetrar una venganza, de modo que muchos *wichan alwe* que habían entrado al servicio de la *machi* dañaban a su propia familia sin piedad. Transformaba luego a estos seres que habían muerto de manera terrorífica en otros espíritus terriblemente flacos, que consistían apenas de uñas, pelos, dientes, etc. y también debían obedecerle. Hoy como ayer, todos los hechiceros, sean hombres o mujeres, llevan a cabo estas transformaciones. Las *machis* con una buena formación tienen mucho poder. Ellas sitúan a sus espíritus en lugares tenebrosos de los bosques y en las calles, donde aterrorizan a los que regresan de noche a su hogar y, a menudo, los llevan a la muerte. Los mapuches creen firmemente en estos *wichan alwe*, que los llenan de espanto. No hay uno que no haya visto su figura delgada como un poste, sus ojos refulgentes, sus escuálidas extremidades, arropado en las vestimentas suntuosas y coloridas que los mapuches saben tejer, en estos casos siempre entretejidas con hilos de oro y plata y adornadas con flecos también elaborados con valiosos filamentos de oro y plata. La hechicera haría ricos a los mapuches que escogiera. Algunos indígenas suelen encontrar ropajes valiosos sobre alguna montaña o a la entrada de una cueva pero, por lo general, no se atreven a tocarlos porque podrían tener fuego en su interior.

Estos añadidos aclaratorios nos fueron comunicados por la *cure* (Erize 1988: Mujer, esposa.) del *vücha*, la querida ñuque (id.: Madre), para que entendiésemos bien lo que nos estaba contando.

<sup>79</sup> *Corecore*: En cuanto a la grafía, las traductoras optaron usar la grafía “c” y “q” en vez de la “k” que aparece en los originales y en la edición de Foerster, por lo que unificamos este aspecto gráfico (la autora pone “k”). No es tan fácil la identidad de “hue”, “hui” y “we” “wi”, por lo que se transcribieron tal cual las grafías de la autora (N. de la editora).

Según Erize, *corecore* es una hierba medicinal. No hay duda de que la autora se refiere a corcor, una herramienta para la fabricación de utensilios de madera con un extremo puntiagudo y otro ancho (N. de la T.)

turbia *chich*<sup>80</sup>, fuego humoso y papas podridas que las almas mismas deben desenterrar, o por aceptar el ofrecimiento de los magos, para seguir con vida bajo otra apariencia, sea de águila, una hermosa serpiente, un ave multicolor, la mosca azul *püllomeñ*, una paloma silvestre, una reluciente lagartija, etc., pero, ¡atención!, siempre que obedezcan a la hechicera. Si el difunto no se decide dentro del término de nueve días, su alma, que hasta entonces se llamaba *am*, se transforma en *püllü*<sup>81</sup>, principalmente si sus allegados la olvidan, no encienden fuego sobre la *eltuhue* (túmulo, sepultura, lugar del silencio); no le acercan comida ni bebida; no derraman lágrimas por ella.

“La guerra que estalló, la lucha que debió librar la Quilaquirque (Tres Lagartijas) contra los demonios, puso al descubierto que era ella la culpable, aunque siempre se la había reverenciado y temido por considerársela *pillañ-cushe*<sup>82</sup>. Toda la tribu que había sido diezmada por la peste se rebeló contra esta mujer vengativa. Ella huyó y se escondió en una cueva lejana y profunda a la que ingresó por un enorme árbol hueco. ¿Dónde encontrarla? ¿Dónde, dónde? Por fortuna, el *toqui*, el hacha de piedra con forma de mano, que era el cetro del cacique, poseía poderes mágicos. Cuando lo desenterraron para preguntarle sobre su paradero, señaló una y otra vez en dirección a Quilaquirque, acurrucada en el fondo de la cueva envuelta en una piel de tigre y presa de pánico. Le cerraron las retiradas y, al descubrir la entrada a la cueva inundada, el cacique, de nombre Ftah Tralca<sup>83</sup> (Gran Trueno), estalló en un clamor: “*matuque, matuque*”<sup>84</sup>, quémenla rápido, rápido. La despótica y brutal mujer se encontró sola y así lograron atarla a un robusto tronco de coihue (*Nothofagus dombeyi*: haya)<sup>85</sup>. Orgullosa y erguida se mantenía la gran bruja, la poderosa *machi*, que sabía arrebatarse a seres vivos y almas de muertos. Miembros de otras tribus se agregaron a la suya y todos comenzaron a bailar como poseídos alrededor del fuego, batiendo el *culchrún*<sup>86</sup>. Los instrumentos de estruendo bramaban y chillaban, mientras los indígenas cantaban y maldecían a gritos las columnas de humo que no les dejaban ver a la Quilaquirque. Cuando finalmente se alzó una ráfaga de viento levantando nubes de polvo y arena, se dispersaron poniendo fin a sus danzas salvajes. Al rato, el corazón empezó a dolerles a todos y al día siguiente el tronco de coihue apareció intacto. La *machi* brillaba por su ausencia, pero la corteza de la haya, anteriormente lisa, presentaba extrañas runas que

<sup>80</sup> *Chich*. Vocablo que no pudimos hallar en Erize. De tratarse de chicha, el término correspondiente aparece en su diccionario como *pulcū* o *pūlcu* (N. de la T.).

<sup>81</sup> *Püllü*: Erize documenta la forma *Püllü*.

<sup>82</sup> *Pillañ-cushe*: *Pillañ*: alma o más bien espíritu de difunto. *Cuye* o *cuse*: mujer vieja; expr. despectiva.

<sup>83</sup> *Ftah Tralka*: *Vucha*, *vücha*, *vuta*: grande. *Chralca*, *Talca*: trueno.

<sup>84</sup> *Matuque*: *Matuquechi*: rápidamente, prontamente.

<sup>85</sup> Con el tronco de coihue se fabrican las canoas y ataúdes con tapa. Debe tallarse de una sola pieza y luego someter al fuego. Se trata de un árbol magnífico, de porte distinguido, en algunos casos de tinte rojo (N. de la A.)

<sup>86</sup> Especie de tambor de forma redondeada, revestido de un lado con piel de caballo. Hay otros, revestidos por ambos lados. Antiguamente, solían revestirlos con piel humana. Desollaban en vida a sus enemigos derrotados y revestían de esta manera el *culchrún*, agregándole huesecillos de sus víctimas o pequeñas piedras, garras de león, etc. En este caso, se denominaban *caque.culchrún* (N. de la A.). Este instrumento se conoce como kultrun o cultrún.

semejaban signos escritos. Así se despidió la *machi*, junto con una maldición. Aún hoy son visibles estas marcas, que denominan *chriqueñchriqueñ*. Se trata de listas alargadas de tonalidad grisácea que ni eruditos destacados han logrado interpretar. Posiblemente, hagan alusión a los *huinca* y a los sufrimientos que los aborígenes debieron padecer por su culpa. Dicen que cuando se logre interpretar estos signos, los *huinca* deberán desaparecer del país de los mapuches. Según la *machi*, señalan los años, meses e incluso días que faltan para la gran partida del invasor.

“Sin embargo, nuestros ancestros supieron más tarde que habían sido los blancos los que introdujeron la *peste curú*. La habían llevado al país de los mapuches con la intención de derrotar a los pueblos con mayor facilidad. Por eso la *machi* habría lanzado aquella terrible maldición sobre los blancos cuando la ataron a la haya. Pero no quiso abandonar a su tribu sin dejarle un obsequio: los hongos de la haya siempreverde. Son del color de la mandarina y de un gusto exquisito, tanto si se consumen crudos como cocidos. Se llaman *cútrawa* o *cúchraua* y visten espléndidamente las ramas de la haya.”



Indígena, foto Hermann Brunswig



## ***El colchón de lana, relleno hasta reventar, se vuelve tuberculoso***

El “libro ilustrado” se ve enriquecido con algunas estampas más<sup>87</sup>. Pero de esto hablaré más tarde.

“Aquí estoy, tirada de cansancio como una oveja madre”. La atezada india, en cuclillas sobre la tierra, apoyaba la cabeza contra el poste del portón de entrada. Sobre la falda sostenía a su hijito, que tendría un año y a la luz del sol poniente parecía tornado de color cobre. Los últimos rayos dorados se mezclaban con el verde subido de tono de los altos abetos y el otro, más apagado, de la solitaria *sequoia* de nuestro jardín, orgullosa guardiana que se había aquerenciado en la Cordillera. Era evidente que la india buscaba ayuda y, más aún, un nido caliente para su niño, que se veía gravemente enfermo. También para ella; que con ella se enriquecería la colección de personajes que nos rodeaban a diario: algunos, comunes, y otros, más singulares. Esta india pertenecía a la categoría de personas que se acercaban a la casa del doctor en casos extremos, para con el tiempo incorporarse a ella durante un tiempo prolongado, como una hoja más en el libro de multicolores ilustraciones que se va engrosando día a día en la cordillera nevada y del que carece el médico de las grandes ciudades. Son páginas algunas sombrías, otras alegres; páginas que nos calientan o nos hielan el corazón.

Sus ojos de contornos amarillentos hablaban de su ansiedad, su pobreza, su cansancio; hablaban de los tormentos de una agotadora travesía por senderos pedregosos y caminos polvorientos y escarpados, como también de hambre y de sed; de sus pies doloridos, enfundados en viejos zapatos de piel. Puede ser mezquina la Pire Mahuida, la Cordillera de la Nieve, y es breve el período en que se muestra generosa y solaz para el viajero.

La criatura lloraba desconsoladamente y la madre, que tendría alrededor de 19 años y se llamaba Painemal (Pedernal Azul), nos rogó que le diésemos albergue para pasar la noche, “pues *antü*, el sol, ya está por irse a dormir”. El color de su piel, su cabello desgredado y su vestimenta parcialmente aborígen con una capa que le llegaba hasta los pies, pero principalmente sus movimientos cautelosos y desconfiados, como al acecho, le daban un aire de gitana. Sus ojos vagaban sin descanso, llenos de ansiedad, como es habitual en individuos que viven en tierras salvajes. Llevaba tres días caminando desde recónditas montañas, donde no se conocen medios de transporte ni puede detenerse un carro tirado por bueyes para que lo acerque a uno, pues los senderos son demasiado estrechos, pedregosos y empinados. Y, sin duda, la criatura le pesaba mucho.

Con gratitud, mencionó a los *paisanos* (como los mapuches gustan llamarse a sí mismos) que habían dado cobijo al enfermito durante una noche, ofreciéndole una piel blanda para descansar. Luego comenzó a quitarle las envolturas una por una, como si fuese una cebolla. Primero, cayó la piel que alguna vez había pertenecido a una cabra, desollado en una sola pieza, en el que la madre

---

<sup>87</sup> Este enunciado, igual que el título del anterior, se refiere a una posible obra dedicada a la forma de lograr la confianza de los consultantes.

envolvía al pequeño cuando lo llevaba sobre la espalda en su *nahuel macuñ*, su poncho de flecos, fuertemente anudado. Mientras lo hacía, iba desgranando el acostumbrado “el padre del niño viajó al sur”, para expresar que se trataba de una mujer abandonada por su compañero o, cuanto menos, como una madre que necesitaba ayuda, que había caído en desgracia sin culpa propia. En sus palabras resonaba la experiencia agobiante de muchos indígenas que vienen de lejos y buscan un hogar donde refugiarse. Hubo, entre ellos, algunas personas extraordinarias, con las que trabajamos amistad.

La criatura, enflaquecida y afiebrada, lloriqueaba pidiendo agua y, en su impaciencia, manoteó el vaso que tenía delante de sí. El pequeño vientre, oscuro y reluciente, estaba muy hinchado y el menor contacto con él le producía dolor. La ñuque<sup>88</sup> nos contó que, para su espanto, el niño se había comido la cataplasma caliente que había prescrito la *machi*, experta en magias, para contrarrestar la “diarrea que no se va”. Se trataba de una papilla muy caliente hecha de manzanas silvestres, estramonio machacado y ceniza blanca de palo santo, también llamado mata sebo (*Flotowia diacanthoides*). Por esta mezcla se pasa una piel de víbora para contrarrestar el mal, producto de algún hechizo, en este caso, la pérdida de sangre por vía rectal. Asimismo, debe lavarse la puerta y la ventana de la *ruca* con un cocimiento de *palqui* (*cestrum parqui*<sup>89</sup>) hecho a base de orina de niño o doncella. La piel de víbora que se pasó por la papilla, debe sujetarse en forma de cruz a la parte interna de la puerta o a lo que cumpla la función de tal. En casos graves como éste, el enfermo debe beber algunas cucharadas de este cocimiento, lo que contribuye a la desaparición de la fiebre. Como era de suponer, el estado de salud del pequeño empeoró después de comer la cataplasma. La madre “ve ahora poco sol” para el *huentrupüñeñ*<sup>90</sup> que, dada su debilidad, no oponía resistencia a los tratamientos. Poco a poco, Paimenal nos fue relatando que sus parientes habían intentado otros métodos de curación, pero que la “panza de lagartija” se hinchaba más y más, provocándole constantes bostezos, y que la cucharada de “jugo de *pulqui*” no parecía servir de nada.

Ahora, siguió la mujer, el *puñeñ*<sup>91</sup> también tiene dificultad para respirar. Se veía bien claro que la *machi*, la maldita hechicera, le había soplado tuberculosis, cuando en la bebida echó pus, la goma diluida del guindo silvestre, para embrujar su intestino. “Este líquido que larga el árbol,” explicó a los gritos, “es el pus del árbol y, como pus no puede producir más que pus, con su brujería le sacó la poca vida que tenía.” Además por casualidad había pasado el misionero y había bautizado al niño y ahora, por ser cristiano, iba a tener una muerte temprana. Estaba furiosa con su familia, que cuando ella se dejó convencer de que humedecieran el cuerpecito con el agua fría del bautismo, había predicho que

<sup>88</sup> Ñuque: madre (N. d. T.).

<sup>89</sup> *Cestrum parqui l'herit* es un arbusto solanáceo introducido desde el exterior. Los aborígenes, que lo denominan *palqui*, afirman que los animales autóctonos no comen este arbusto maloliente, pero sí lo hacen los animales importados del extranjero, que mueren poco después de ingerirlo. (N. de la A.)

<sup>90</sup> Erize 1988, véase nota 74. *Huentrupüñeñ* o *huenchrupiñen*: Hijo varón respecto a la madre.

<sup>91</sup> *Puñeñ*: nenito, chiquillo (de ambos sexos).

el *huentrupüñeñ* moriría, y había insistido en lo mismo, cuando ella decidió viajar a consultar al *machi* blanco.

Tal vez, discurrió Pedernal Azul, no dependió del hecho de que el niño hubiera comido la papilla, sino de que no se habían respetado las prescripciones de la *machi*, que había ordenado que la cataplasma permaneciera sobre el vientre del pequeño hasta que los rayos del sol poniente vistieran de oro un determinado lugar de las montañas. Si no se hacía, no habría salvación: las molestias se volverían insoportables e inevitablemente lo llevarían a la muerte. Al preguntarle el por qué de esto, Painemal explicó: “Mientras el enfermo tiene la cataplasma sobre el cuerpo, debe quedar acostado. Al mantenerse largo tiempo en cama, la fiebre maligna no encuentra alimento y termina devorándose a sí misma. Basta que al enfermo no se le dé de comer para que la fiebre huya, furiosa. Cuando *antü* dirigió sus rayos sobre un árbol solitario de nuestra *ruca*, la *machi* le puso encima la cataplasma caliente y se suponía que la retiraría cuando los últimos rayos de sol cayeran sobre la montaña que teníamos enfrente. Pero el *huentrupüñeñ* hizo fracasar todo. Ahora el *machi* blanco tendrá que demostrar que es más poderoso que la bruja y que puede ahuyentar los venenos. Si mi niño muere, no podré volver a mi tribu; dirán que soy una asesina por habérselo traído a ustedes. Todo se va a volver contra mí. Me van a echar maldiciones y llamar renegada”.

En los días que siguieron, el tratamiento médico pareció aliviar un poco al pobre niño. Sucedió entonces lo que dio pie al título de este relato. Un día, como respondiendo a un canturreo en voz baja en *shungu*<sup>92</sup> araucana, que la madre acompañaba con un suave chirrido rítmico, descubrimos al indiecito sentado, desnudo, en el calderón de cobre, que Painemal hamacaba sin cesar. La cabecita, roja y afebrada, acompañaba el canto con un vaivén, al igual que las flacas piernitas que colgaban de la olla. Sin esperar una pregunta, la india explicó: “*Cumpañilhue*<sup>93</sup> da fuerza y saca los venenos del cuerpo.” Luego, en respuesta a una advertencia que le hicimos, reaccionó como la india auténtica que era. Llena de rabia, dio un empujón a la olla en la que se encontraba el niño; se arrojó al piso, manoteó a su alrededor, se mordió manos y labios hasta hacerlos sangrar, pataleó, dio puñetazos, se arañó el rostro, se arrancó los pelos y rompió en un llanto lastimero. Maldijo al mundo y a la bruja, gritó... Los mismos aspavientos se repetían cuando no lograba que el pequeño *huentrupuñeñ* dejara de llorar. Su innato salvajismo le hacía lastimarse el propio cuerpo mientras estiraba el grueso labio inferior. Daba ganas de reír al ver estos disparates, lo que curiosamente le ayudaba a recuperar la serenidad y finalmente ella misma se echaba a reír.

Llegó el momento en que Painemal se convenció de que, a pesar de los esfuerzos médicos, la salud del pequeño declinaba. Un día dijo: “Como no tengo otro hogar en el que mi niño pueda morir tranquilo, y el *machi* blanco le saca muchos dolores, quiero quedarme aquí a trabajar. ¿No lo hacía yo antes de vivir con su padre? Quiero trabajar para alargar la vida de mi *huentrupüñeñ*. No quiero

<sup>92</sup> *Shungu*: lengua (N. de la A.).

<sup>93</sup> *Cumpañilhue*: cobre rojizo (N. de la A.).

que me echen porque soy pobre. Quiero pagar mis deudas con mi trabajo. A mi niño ya no puedo darle el sol, pero puedo darle paz hasta que vaya a unirse con sus abuelos...”

Pedernal Azul había conocido tanta amargura y miseria en su vida que había perdido todas sus inhibiciones. Esto hacía difícil su vida y la de los que la rodeaban. A veces y por breve tiempo, este ser parco, rudo y empecinado se volvía tratable y era capaz de escuchar y relatar historias con gran encanto. Dejaba de lado su timidez y apocamiento y se expresaba con soltura. Su torpeza y tosquedad pasaban a un segundo plano, cedía su aire oprimido y manifestaba alegría en el trabajo. Luego volvía a vérsela ausente, contradictoria, desgarrada por miedos ancestrales y supersticiones, desesperada y tercamente salvaje. Lo curioso era que no sabía tocar al niño con delicadeza, ni pensar con el corazón, ni hacerle una caricia. Parecía resistirse a todo sentimiento maternal como si procurase endurecerse como protección contra los momentos de profunda congoja que se aproximaban.

En un momento propicio me confió: “Tal vez le traigo desgracia al niño o tal vez me la soplaron. ¿No podría ser que se libere de la brujería si lo regalo, si le doy otra madre?” Para el mapuche la muerte siempre sobreviene a consecuencia de una enfermedad que fue soplada, un embrujo, una magia, un veneno o algo similar. Si el ser humano no muriese por una de estas causas viviría para siempre, y la mujer se preguntaba cuál de ellas se empeñaba en arrebatarle al pequeño.

Para estar siempre cerca de él, Painemal comenzó a hilar una lana fina. Se trataba de hilos extremadamente delgados que enrollaba formando grandes ovillos, mientras nos preguntábamos, intrigados, cuál de los pocos que la visitaban en ocasiones, ponía esta lana tan delicada a su disposición. Era un enigma, pero por discreción guardamos silencio.

Una noche, la criatura partió hacia los “abuelos que lo habían precedido”. Los tiernos cuidados que había recibido sólo lograron procurarle alivio y prolongarle un tiempo más la vida, pues no había curación posible. Como decía su madre, ya no había sol, no había vida para el *huentrupüñeñ*. Painemal no derramó una sola lágrima. Sus ojos, profundos como abismos, tenían una expresión vacía. Rechazó todo consuelo. En calma, se puso en contacto con los pocos mapuches que conocía y éstos la acompañaron a la tumba de su hijo. Los últimos obsequios que recibió en casa del doctor fueron velas y flores, el pequeño féretro y una cruz, que rechazó ocultándola en la habitación. Con esmero borró toda huella que pudiese recordar al niño, pero siguió sentándose a hilar en el lugar que había ocupado antes. Parecía aliviarle el hecho de entregarnos ovillo tras ovillo, de trabajar para un futuro que a nosotros nos parecía incierto, aunque no a la mapuche. Un buen día se despidió, sin dar mayores explicaciones de a donde se dirigía. En silencio y sin dar las gracias, tomó el pago que le debíamos y abandonó la casa.

Nos aguardaba, sin embargo, una sorpresa: del colchón que había utilizado ya no quedaba más que la funda vacía. El relleno, de buena calidad y casi nuevo, había desaparecido. Lo poseíamos ahora en forma de ovillos de lana bastante costosos, de hilos extraordinariamente finos. El enigma se había resuelto.

Esta estampa de nuestro libro ilustrado con personajes de la cordillera mostró así un costado algo sombrío de los mapuches provenientes de tierras lejanas e inhóspitas. Saben mostrarse volubles y poco transparentes. No es raro que admitan sus deficiencias, pero son impotentes frente a ellas. Recuerdo un suceso que ilustrará lo dicho. Painemal había encendido y apagado repetidas veces la luz eléctrica del pasillo. Un día comenzó a flaquear la iluminación y comprobamos que había arrancado los fusibles del interruptor “para matar la luz”. Cuando le preguntamos por qué lo había hecho respondió: “Me olvidé cómo se hace que deje de brillar la luz, pero esto es porque el mundo de hoy se volvió demasiado grande para el mapuche. Todo lo que rodea al *huinca* es como algo maldito. Tenemos miedo de que estas cosas tan raras también nos cambien a nosotros. Los *huinca* nos acusan de ser supersticiosos, pero ellos tienen más magia, blanca y negra, que nosotros. Mi bisabuela que provenía de la tribu tehuelche<sup>94</sup>, solía contarnos muchas historias y conocía leyendas y costumbres de tiempos muy lejanos. ¡Pero los *huinca* no hacen más que burlarse de todo esto!”

Si logramos convencer a los mapuches de lo contrario, si en lugar de hacer hincapié en la superstición que rodea sus ritos y procedimientos misteriosos, reconocemos la dignidad que rodea sus antiguas tradiciones, lograremos acercarnos a sus corazones. Lo mismo sucedió con Painemal, que en ciertos momentos supo mostrarse comunicativa y describir con inteligencia a los seres que la rodeaban y que vivían en total silencio y aislamiento, poniendo énfasis en el valor de su raza. Consideraba que las poblaciones que conformaban su tribu eran el centro del mundo. Sus comentarios, que expresaba dando muestras de excelente humor, parecían venerables revelaciones dictadas por el sentimiento, más que por la razón. Se trataba de esbozos llenos de colorido, que solía presentarnos con los ojos cerrados, como en trance. Esta actitud se avenía bien a las *nütram*<sup>95</sup> de la bisabuela tehuelche que nos hacía ver con los ojos de la imaginación: una *domo*<sup>96</sup> severa, íntegra e imponente que al estilo de los indígenas tradicionales, se expresaba casi sin palabras.

Del mundo limitado en el que se desarrollaba Pedernal Azul surgen los siguientes pequeños relatos:

### ***Cómo el pequeño Melihuén fue protegido de la magia y luego embrujado***

Hace muchos, muchos años, hubo en Río Negro unos tehuelches que tenían por vecina a una bruja, una araucana. De esta mujer había que cuidarse, pues era versada en magia y más que nada en magia negra. Sus conocimientos eran extraordinarios y era incomparable su capacidad de transformar seres humanos en animales.

<sup>94</sup> *Tehuel*: sur; *che*: gente (N. de la A.)

<sup>95</sup> Erize 1988: Documenta la forma *Nüchram*: narración, relato, noticia.

<sup>96</sup> *Domo*: mujer.

Cuando la “gente del sur” tuvo un varoncito, esta bruja exigió que se lo diesen como prueba de amistad, porque no tenía ninguno. El niño era encantador y, curiosamente, su tez tenía un tono más cobrizo que el de los demás miembros de la familia. También poseía, en forma pronunciada, la marca del aborigen de raza pura: la mancha mongólica oscura, de tinte azul bermejo, en la espalda. La bruja pretendía hacer de él un *machi*, un curandero brujo. Se proponía empezar desde temprano con la ardua educación, que requería de muchos sacrificios, pues el niño debía crecer totalmente aislado en una gruta, padeciendo necesidades extremas y sometiéndose<sup>97</sup> a cruentas prácticas. Serían años de cruel aprendizaje en la “*salamanquera*”, la gruta embrujada. Pero la tribu se negó a entregárselo a la *machi*.

El pequeño Melihuén fue creciendo y *domo* Calcu, la bruja, no dejaba de observarlo para descubrir sus inclinaciones. Supo así que le atraían los animales, en particular, los gatos y perros.

Con el correr del tiempo, llamó la atención de la gente que al niño le era imposible tener precisamente estos animales. Nacían ciegos. Una y otra vez, morían de una extraña enfermedad que los hacía caer al suelo sin vida, aunque nada les faltara. En efecto, los animales preferidos por el niño tenían todo lo que necesitaban, además de lo cual la bruja les llevaba a diario cierta cantidad de exquisita leche que Melihuén les daba, sin tomar de ella. El niño amaba a sus protegidos por sobre todas las cosas, pero no lograba mantenerlos con vida. Como diariamente visitaba la *ruca* de la *machi*, observó a hurtadillas que ella mezclaba la leche con carozos machacados de duraznos, guindas y otras frutas. De allí en adelante, el niño derramaba la leche que ella le traía y los animales dejaron de enfermar. La bruja no sabía a qué se debía esto. Un día, pues, llevó una hermosa vasija de arcilla con leche “sólo para Melihuén (Cuatro hombres)”, pero él la arrojó al suelo, quebrándola. Al instante y exclamando “bien, comerás saliva”, la bruja lo transformó en un *colocolo*<sup>98</sup>. Desde entonces, este animal persigue a los humanos para chuparles la saliva y los mata mientras duermen.

### ***El inmortal nahuel, el tigre***

Hay una comarca que se denomina Nahuel Mapi, en las cercanías del lago Tromen. Es una región montañosa donde nace un río del mismo nombre, que significa ‘dominios del tigre’. El río desemboca en el Aluminé. El señor de esta comarca es un tigre enorme que nunca muere. En esto se asemeja a Nguenechén, el Creador de la Tierra que siempre fue y será, el *chau*<sup>99</sup> de los araucanos.

<sup>97</sup> En Joan Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid: Gredos 19., aparece en el habla rioplatense la voz *salamanca* como ‘cueva de hechicero’, ‘hechicería’, y en Santiago del Estero, *salamanquera*: ‘hechicero’; también en filipino, ‘prestidigitador’. Aquí esta última voz aparece en el ámbito popular austral con el sentido de ‘cueva de hechicero’.

<sup>98</sup> También se lo conoce como *cüllmátural'ife*: que lame los platos. Pertenece a la familia de los gatos monteses. Colocolo fue el nombre de un cacique muy valiente que luchó en Chile en tiempos de Caupolicán y logró grandes triunfos (N. de la A.)

<sup>99</sup> *Chau*: padre (N. de la A.)

Hay momentos en que los aborígenes, no así los *huinca*, ven y oyen al tigre. Esto ocurre siempre antes de morir y posiblemente se deba al terror que los invade.

Los mapuches sienten que deben acatar al tigre y cuando lo nombran lo hacen con profunda veneración y temor. Los ancestros afirmaban que, aparentemente, el tigre moría al cabo de un milenio para luego renacer. Como es inmortal, no se trata de una muerte verdadera; más bien es un regreso al hogar por un período limitado, después de que Nahuel pasa en el submundo. Allí junta fuerzas y sabiduría para el próximo milenio. Los antepasados lo llamaban Nahuelhuen, tigre de las alturas.

Llegará el día en que el tigre dará tres gritos y significará que, con su ayuda, los aborígenes podrán vengarse de los blancos que tanto mal les hicieron y así derrotarlos. Durante su ausencia, mientras Nahuel se prepara para su segunda vida, gobierna en su lugar un espíritu, que no es visible, pero que habita la comarca con igual rigor y misterio. Otros mapuches afirman que se trata de una pareja de tigres, aunque los que creen en espíritus siempre vieron un solo tigre, que los incrédulos no ven.

### ***Huenchual (Gallo Valiente) y su visita al doctor de los huinca***

Una vez más, el hoy finado cacique Curuhuinca de la tribu araucana se aprestó a transmitirnos tradiciones y leyendas de su raza. En aquella ocasión, se trataba de adivinanzas que le hacían mucha gracia pero terminaba por resolver él mismo, dado lo enigmático e impenetrable del alma araucana para nosotros, los blancos.

Una era la siguiente: “¿Por qué desaparecieron sin dejar rastro muchas tribus que vivían a gran altura en las montañas? ¿Qué determinó su destrucción, teniendo en cuenta que vivían en tiempos de paz y no les faltaban los alimentos?” Como de costumbre, el cacique mismo nos dio la respuesta sin esperar que se la pidiésemos.

“Fue por culpa de las *fentren yüu*<sup>100</sup>, las narices grandes. Porque las ‘ventanas de la nariz’, las *trolol yüu*, eran demasiado grandes y, al ser tan anchas y abiertas, aspiraban mucho aire helado. Cuando las tormentas heladas barrían las montañas, las personas tenían que alejarse de sus precarias *ucas* para cuidar de sus animales y buscar el sustento. El aire helado entraba bruscamente en los *pin’u*, los pulmones, a través de los *trolol yüu*, y por eso había pocos viejos en aquellos tiempos. Todo empezaba por la tos, con dolores y sangre, y poco después llegaba la muerte. Sus enemigos daban mucha plata a los brujos para que con sus pases de magia hicieran que el aire cruel los matara. Algunos de nuestros antepasados abandonaron todo lo que les daba protección y seguridad y se trasladaron al valle para estar junto a los miembros de la tribu que habitaban las tierras bajas. Allí el aire era más benigno, pero generalmente ya era tarde para curar el mal. Así se comportan los brujos: cuando les prometen una buena recompensa, sus trabajos son muy eficaces y los realizan con gran

<sup>100</sup> Erize 1988, véase nota 74. *Venchren*: tanto, mucho. *Yüu*: nariz.

crueledad... y a esto se sumaba que la “fuerza amarilla” de la Madre Luna actuaba con fuerza sobre los *mahuidache*, los mapuches montañoses.

“Nuestros antepasados, que veían cómo se iban consumiendo sus seres queridos, debían hacer frente a dos enemigos: las aletas de sus narices, demasiado abiertas, y el cruel *calcutun*, la práctica de la brujería. Las raíces de las tribus, que se habían corrido hacia las alturas con sus animales para estar a salvo de los blancos, ya no pudieron vivir en las regiones montañosas, las *huinculentu*<sup>101</sup>, y muchas tribus se extinguieron. También tuvo que ver que dejaron de usar sus abrigo de piel, cambiándolos por los paños tejidos de los blancos.”

El buen amigo Abel Curuhinca solía revolver en el pasado y, en ocasiones, relataba sucesos casi inverosímiles. Sin embargo, el contexto en que se desarrollaban les daba un aire de verosimilitud, y los supuestos embrollos y contradicciones se diluían. Nos dijimos que sólo el tiempo diría si estos relatos algo grotescos, excluidos del acervo de tradiciones araucanas, tenían algún asidero. Pero hubo un indígena que vivió lo mismo del principio al fin y corroboró su autenticidad. ¡Pobre Huenchual! Temblaba de terror, inmerso en las supersticiones transmitidas por la tradición.

Fue así: un día se presentó delante de nuestra casa un coloso de indio, el más atezado que jamás habíamos visto. Escrutamos el rostro a medias vuelto hacia su caballo, que sostenía de la rienda suelta, y nos resultó desconocido. Con sorpresa y desagrado vimos que pendían trozos de tela deshilachada de las ventanas de su nariz y caían gotas sobre la papada.

En el rostro hinchado brillaba un par de ojos hundidos aterrorizados, lo único que revelaba que había vida en él. Al revisarlo, el doctor pudo comprobar por su tos convulsiva y respiración agitada que el indígena parecía estar a la espera de algún suceso perturbador. Sus manos pequeñas y regordetas revoloteaban, siempre sosteniendo la *tripuhue*<sup>102</sup>, el látigo. Parecía muerto de frío y cuando finalmente habló, quedamos conmovidos por la tristeza de su voz. Era evidente que esperaba que el *huinca* se mostrase humano; que “sintiese” los pensamientos que tanto le había costado elaborar antes de tomar la decisión de recurrir al doctor, al *machi* blanco. ¿O sabía que sentiríamos compasión al notar la zozobra que ya no podía ocultar? Su grave enfermedad, su fiebre... Tomó asiento con cierto recelo, respirando pesadamente y arrojando miradas llenas de desconcierto a su alrededor. Lentamente y con vacilaciones comenzó a contestar las preguntas del doctor. ¡Pobre gallito valiente, que había venido cabalgando desde tan lejos sin conocer la región, por caminos intransitables...!

Mientras se golpeaba el pecho mojado y se esforzaba por mantenerse derecho, dijo lleno de amargura: “Esta ventana nariz, este *trolol yüu*, muy grandes, demasiado grandes. Nuestros antepasados muertos muy jóvenes de ellos; demasiado aire frío, helado para los pulmones que se congelan, luego duelen al respirar; luego mucha tos, mucha sangre, luego muerte. Esto y la altura, no bueno.” Tardó un poco el doctor en entender lo que decía, pero la respiración

<sup>101</sup> *Huinculen*: ser montañoso, quebrado, desigual.

<sup>102</sup> *Tripuhue*. Erize documenta la forma *Chrepuhue*.



difícil y los audibles jadeos le bastaron para revisar al tembloroso mapuche sin necesidad de acudir al estetoscopio.

Con espanto rechazó el indígena la sugerencia de quitarse los tampones que goteaban continuamente y hacían más difícil la revisión. Lanzó al doctor una mirada llena de reproche, repitiendo que las *trolol yüu* eran las culpables de su enfermedad. Una y otra vez pasaba la mano por sus aletas nasales, como reforzando sus palabras; como si quisiese demostrar que atrapaban el aire. La revisión reveló que Huenchual padecía una grave neumonía bilateral, que quiso que tratara el doctor de los blancos. Esto no presentó dificultades, pues contaba con parientes lejanos o miembros de su tribu que vivían en la zona y acogieron a su *quiñeche*<sup>103</sup> (pariente) con alegría.

Ni las altas temperaturas, ni los dolores, ni el esputo de sangre (hemoptoico) habían logrado impedir que el gigante indígena emprendiese el penoso viaje a caballo. Su fuerza de voluntad parecía milagrosa, tanto más cuanto que, estoicos como son, los aborígenes suelen dejar que la enfermedad siga su curso. Como describe la *machi*, dan por sentado que es inútil toda consulta, tratamiento o expulsión de los malos espíritus.

Por cierto, el hecho de que el hombre hiciese el largo recorrido a caballo a casa del doctor blanco puede considerarse una verdadera proeza, que no hay duda le echarían en cara muchos miembros de su tribu: aquellos que viven en el interior profundo, alejados de toda cultura y rodeados de bárbaras supersticiones que dominan cada fase de sus vidas...

Pasaron varias semanas durante las cuales el indígena estuvo sometido a tratamiento. Una vez que hubo pasado el peligro y se disponía a emprender el viaje de regreso a su hogar, pidió hablar con el doctor. Se había quitado los tampones de las fosas nasales porque, hallándose en el valle, ya no temía el aire helado. Además, había perdido parte del gesto sombrío y apocado con que al principio solía responder nuestras preguntas. Se había vuelto más comunicativo y sus respuestas corroboraron la veracidad de las afirmaciones del finado cacique Curuhuinca.

Con amabilidad se despidió Gallo Valiente de nosotros. Unos meses más tarde un miembro de su tribu nos trajo una espléndida hacha de piedra verdosa y cuatro flechas de obsidiana “en agradecimiento al doctor, por haber reconocido la enfermedad y haberle regalado algodón para sus *trolol yüu*”, que le eran de gran utilidad pues había vuelto a vivir en las montañas de aire helado.

---

<sup>103</sup> *Quiñeche*: alguien, alguno. Persona, individuo.

## Colaboradores

**Beate Hock de Pilgram**, <beate.hock@freenet.de>. Nació en 1965 en el norte de Baviera. Es socióloga. Trabaja desde 2001 en proyectos sociales para una de las grandes ciudades en la zona del Rin y Meno; entre otros temas aborda el de la migración e integración. Ha publicado en revistas especializadas sobre temas sociales de la actualidad. De 2013 a 2016 vivió en Buenos Aires con su familia. Colaboró voluntariamente con el Centro DIHA e investigó sobre inmigrantes femeninas de habla alemana en la Argentina durante el siglo XX; editó en 2016 el libro *In zwei Welten*, del que citamos.

**Martín Koval**, <martinignaciokoval@gmail.com>. Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA), docente de la Cátedra de Literatura Alemana en la Facultad de Filosofía y Letras de esa universidad. En su tesis doctoral analizó el *Bildungsroman*, la novela de formación alemana. Es becario posdoctoral del CONICET; su tema son utopías y robinsonadas alemanas y europeas. Ha traducido varias obras; la más reciente es *La isla Felsenburg*, de Johann Gottfried Schnabel. Ha colaborado en varias traducciones con R. Rohland.

**Helga Lorek de Heineken**, <helga.heineken@gmail.com>. Nacida en Alemania, es doctora en Ciencias Biológicas (UBA). Se ha dedicado a la investigación y docencia en educación ambiental. Es autora del libro *Flores de Buenos Aires* y publica desde 1997 el calendario *Flores en la Argentina*. Ha traducido del alemán al castellano *El continente de los colibríes* (A. Suchantke), *Fitoterapia* (W. Pelikan), *El Cáncer* (M. Gloeckler) entre otros libros y, en conjunto con Beatriz Romero, *El machi del Lanín* de Bertha Koessler-Ilg. Sigue traduciendo relatos y leyendas recopiladas por Bertha Koessler-Ilg.

**Macarena Mohamad**, <macarenamohamad@gmail.com>. Nació en 1971 en Buenos Aires. Estudió Letras Modernas en la UBA. Desde 1999 se dedica exclusivamente a la traducción del alemán y a la revisión y corrección de estilo de textos científicos y literarios. Ha traducido, entre otros, a Uwe Timm, Hermann Hesse, Daniel Glattauer, Wladimir Kaminer y Hans Peter Richter. Integra el Seminario de traducción de textos filosóficos y literarios en lengua alemana, de la Universidad Nacional de San Martín. En 2016 fue becada por la Fundación Robert Bosch para una residencia en el Colegio Europeo de Traductores de Straelen, Alemania.

**Regula Rohland de Langbehn**, <rrohland@gmail.com>, Dr. phil., Prof. Titular Consulta (UBA), estudió traductorado y literaturas románicas en Heidelberg. Se especializó en literatura española del tardío medioevo y comienzos del renacimiento. Durante veinte años se desempeñó en la Universidad de Buenos Aires en la Cátedra de Literatura Alemana (Prof. Titular) y Europea Medieval (Adjunta). Tradujo con los integrantes de su cátedra y otros interesados textos cortos, libros de teoría literaria histórica y obras teatrales. Ya jubilada, ha fundado junto con otras personas la Asociación Civil sin fines de lucro “Centro DIHA” y el Archivo del Centro DIHA.

**Beatriz Romero** cursó la carrera de Inglés en el Instituto Nacional Superior del Profesorado, después llamado “Joaquín V. González”, donde dictó la cátedra de Fonética Inglesa antes de radicarse en Córdoba. Fue becada por el DAAD para estudios de lingüística. Es bilingüe (alemán-español) y tradujo numerosos artículos y libros del alemán. Durante diez años fue traductora para la revista UNIVERSITAS. Colaboró en la traducción *Los indios de Tierra del Fuego* (diez vols.), de Martín Gusinde, para el Centro Argentino de Etnología Americana. Ha traducido libros para la editorial Gredos (entre ellos, *Historia de la literatura griega*, de Albin Lesky, junto con J. M. Díaz Regañón) y para las editoriales San Pablo, Lumen, Elefante Blanco (*El machi del Lanín*, con Helga Heineken) y Antroposófica.